

## EL SUPERPODER

—Mamá, me aburro —dijo Xia, y no era la primera vez.

Poder jugar con las pinturas y pinceles de su madre había perdido ya todo el encanto. Tampoco Isabel, pintora desde su más temprana juventud, encontraba la inspiración. Se había esforzado en no cerrar el estudio donde organizaba trabajos para exposiciones y particulares, pero lo cierto es que los encargos se habían reducido y el arte había dejado de interesar a una sociedad a la que solo le preocupaba alimentarse y despertar. Continuaba sin embargo albergando esperanza mientras volvía a su guarida a forjar ideas inconclusas. Si tenía que definir la pintura, la idea de refugio la hacía sonreír. Un iceberg golpeando el pensamiento de la gente en tiempos de dificultad.

—Mamá, ¿sabes que los niños tenemos un superpoder? —irrumpió de nuevo Xia, reclamando atención.

Su madre la miraba resignada, desde que comenzó el confinamiento pasaban las 24 horas juntas y ya iban para 45 días. Antes de que atenazara la pandemia, Isabel acostumbraba a trabajar a plena soledad, mientras Xia andaba en el colegio. Se ensimismaba tanto en sus trabajos, que a veces olvidaba tener listo el almuerzo para cuando llegase la niña. No era algo que le preocupase en demasía, ya se las apañarían preparando algo improvisado... Adoraba cierto desorden en la rutina de sus días y le agradaba el venir de la inspiración así sin trabas.

—Mamá, ¿es que no me escuchas? —exclamó con desacato la pequeña.

—Sí, sí... dime Xia. Estaba pensando en ese superpoder que decías.

—Y, bueno, dime... ¿lo has encontrado?

—Yo creo que va a ser que poseéis la capacidad de desordenar como nadie... —apuntó sagazmente Isabel.

—Nooooooooooooooooooooo, mama, ¡¡sabes que eso no esss!!

—Pues entonces ¿va a ser el superpoder de desconcentrar...?



—Ajaaaa.

—Te preguntará porqué se llama así. Y es porque allí todo está hecho de macarrones, o en su defecto, de pasta. Por ejemplo: las casas son tallarines colocados verticalmente y las copas de los árboles son nidos de pasta de verduras. El césped son fideos, los lagos: sopa de puntitos y el tronco de los árboles: canelones gigantes.

—¡¡Me está entrando un hambre!!!

—Mami, compórtate. En Malcarronia siempre hay sol y mucha alegría, aunque sobre las 20 horas todos los días llueve. La gente aplaude y se pone muy contenta, porque toda la pasta se vuelve blandita y se puede comer. Y también los niños pueden salir a patinar por un paisaje que se hace escurridizo.

Isabel está obnubilada ante el despliegue de talento de Xia. El encierro ha disparado la imaginación de la niña y ella ni siquiera se había dado cuenta. ¿A qué distancia queda la fantasía de la lucha contra el miedo? ¿Acaso la incertidumbre apocopa el talento? Y desea volver a ser niña.

—Mami, escucha esto atentamente que te veo distraída. Hay un mago muy importante en Malcarronia. Se llama Bulgo y tiene un don. Cuando alguien siente miedo, lo visita y en un cataplum —con su magia— hace desaparecer toda su inquietud. Pero, ojo, Bulgo es muy quisquilloso y si te vas sin darle las gracias te convierte en un fideo del 0. De esos que cubren el césped de esas praderas ¿los ves allí, diminutos e insignificantes?

—Siiiiiii, Bulgo tiene muy malas pulgas, ¿Cuánto dura ese hechizo?

—Normalmente 3 meses. Luego vuelves a ser tú. Dicen, los hechizados, que te conviertes en alguien distinto: más tranquilo y agradecido. Bueno, mami. Ya estamos aterrizando. Te contaré otro secreto de Malcarronia. ¿Ves eso de ahí arriba? Es la luna de Malcarronia mitad blanca, mitad de macarrones... Es una luna que acompaña siempre: noche y día por eso, a veces según la luz cambia su mitad blanca por marrón o amarilla. Cuando se vuelve marrón, le llaman la luna-choco y cuando se colorea amarilla, luna-vainilla. Entre las tres fases hay ¡¡¡15 días!!! ¿No estás deseando pasear por esta maravilla, mamá?

—Muuuuuuuuuuuchoooooo.

Caminan felices por el perímetro de la casa, del pasillo a las esquinas, de las esquinas al jardín, del jardín al salón... Alrededor las paredes se colorean y se abren para dibujar ante ellas un mundo sin contornos, sin límites. Isabel siente cómo se introduce en uno de sus cuadros. Xia sonrío al ver volar a su madre, metida en el papel de la historia que ella misma ha imaginado.

—Mamá, ¿te acuerdas el día que me confesaste lo importante que eran tus cuadros para tí? Dijiste “Son como pequeños hijos míos”.

Isabel la miró con ternura...

—No es igual, pero guarda similitud.

Xia determinó que —ante la preocupación de mamá por los pinceles— lo mejor sería visitar a Bulgo para ver si podía devolverle esa antigua confianza, perdida en las noches del encierro. Caminaron ansiosas hasta dar con su cueva mágica, socarronamente situada en el lavadero de la casa. Las recibió como de costumbre, con su traje de estropajo y su sombrero de tapones de detergente.

Bulgo saludaba a su modo, que no era ni mucho menos el de la Tierra. Miraba más allá de tus ojos y pronunciaba algo. "*El mundo puede ser una caja de cerillas o un universo*". Aquello fue lo que dijo. Ambas se miraron y luego el mago propuso que decoraran Malcarronia. Isabel le dio las gracias, ¡cualquiera no! La verdad es que necesitaba volver a conectar con su talento y a los habitantes de Malcarronia les vendría bien descubrir que más allá de la simple realidad, había colores distintos, inapreciables y bellos. Fueron días de trabajo intenso pero satisfactorio.

Os preguntaréis, ¿qué fue de Xia? La pequeña publicó su primer cuento de vuelta a la Tierra. Lo ilustró detalladamente la mano de su madre, con una exposición en la que se podían ver los distintos rincones de Malcarronia en dimensiones casi gigantes.

Al lado de uno de los acrílicos que cerraba la sala del museo, figuraba una frase que encerraba todo el secreto:

*Fue duro hacernos un refugio adecuado, ponernos a salvo del horror... hasta que descubrimos que el refugio éramos nosotros mismos y no los límites físicos.*

